





Academia de Buenas  Letras de Granada

# DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL  
EXCMO. SR. DON ANTONIO SÁNCHEZ TRIGUEROS

EN LA INAUGURACIÓN  
DEL CURSO ACADÉMICO 2013-2014  
Y RECEPCIÓN PÚBLICA  
COMO ACADÉMICO SUPERNUMERARIO

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO  
DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA  
EL DÍA 14 DE OCTUBRE DE 2013

GRANADA  
MMXIII

*Edita:* © Academia de Buenas Letras de Granada  
Apartado de Correos 1013  
18080 GRANADA

<http://www.academiadebuenasletrasdegranada.org/>

*Imprime:* Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S.L., Granada  
*Depósito Legal:* Gr/1.833-2013

# DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. DON ANTONIO SÁNCHEZ TRIGUEROS



LA ENSEÑANZA  
DE LA TEORÍA LITERARIA





Excmo. Sr. Presidente,  
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,  
Señoras y Señores:

**E**SPERO se comprenda que en este trabajo, que marca mi paso de Académico de Número a Académico Supernumerario, coincidente a su vez con mi jubilación universitaria y nombramiento de Profesor Emérito, haya querido ofrecer con cierto orden algunas reflexiones sobre lo que ha sido una de mis preocupaciones centrales en mi larga trayectoria de profesor: la enseñanza de la teoría de la literatura. Y si ustedes me permiten un brindis o dedicatoria, al modo taurino o a la manera poética, me gustaría dedicar mi intervención a quien hoy es el primero de nuestros académicos, nuestro Presidente Antonio Chicharro, mi dilecto compañero en las tareas docentes de esta materia durante cerca de cuarenta años. Mi reconocimiento a su trabajo y a su lealtad. Pero vayamos ya al tema elegido.

Al plantearnos la cuestión de la enseñanza de la teoría de la literatura podemos escoger entre varias posibilidades. Por un lado la que consiste en la teorización más o menos pura, abstracta y autónoma (aunque no deje de estar debidamente contrastada con las prácticas críticas y con la propia observación de la obra literaria), entendida como exposición de los principios generales, especulaciones, hipótesis y problemas, y cuya finalidad consiste en explicar y hacer comprender el mecanismo de los hechos llamados literarios o constitución del texto definido como artístico. Y cuando hablo de *debidamente contrastada*, insisto, me

refiero obviamente tanto a las prácticas críticas como a algo que me parece de todo punto irrenunciable: que la teoría *nunca pierda contacto con la realidad de los textos, en donde está el contraste para determinar la funcionalidad de sus propuestas sin el cual es fácil que estas deriven peligrosamente [...] hacia lo que Harry Levin denunciaba como pura logomaquia*, como recordaba Darío Villanueva en *El polen de ideas*.

Esta posibilidad presenta a su vez varias formas de llevarse a buen término: la primera consistiría en el estudio del estado actual y sincrónico de las soluciones dadas hasta ahora, ofreciendo el análisis de las distintas opciones referidas a cada aspecto o a cada problema; la segunda trataría de ofrecer una síntesis integrada y global, más o menos forzada, del conjunto de soluciones propuestas; la tercera se decantaría por una opción entre las muchas existentes, que se hace propia, que se explica aislada y que se puede o no tomar como punto de partida para reflexionar críticamente y avanzar en esa misma línea hacia la solución de los problemas. Forman en su conjunto y variedad una propuesta reflexiva con tendencia a la abstracción, y habría que considerar a este propósito con Paul Ricoeur, en su libro *De l'interprétation, que la reflexión abstracta habla desde ninguna parte. Para hacerse concreta, la reflexión ha de perder su pretensión inmediata de universalidad, hasta haber fundido mutuamente la necesidad de su principio y la contingencia de los signos a través de los cuales se reconoce*. En efecto, la consideración del pensamiento literario como puro pensamiento lo deshistoriza, lo destemporaliza y presenta lo que ha sucedido durante siglos en un mismo plano del tiempo, o sea, como actuales, como contempo-

ráneos, como principios invariantes. De todas maneras no se puede olvidar que en este núcleo de posibilidades docentes aparece ya la orientación histórica, cuando, en la elección de la tendencia que se va a explicar, se escoge, y se hace propia y desarrolla en su caso, entre las que ya toman su punto de partida en la historicidad radical de los textos literarios, de su definición y del concepto en que ésta se apoya.

Y ahí queda apuntada la otra gran posibilidad, a su vez con varias orientaciones, que es la explicación histórica, o sea la posibilidad de construir la historia del conjunto de las respuestas dadas hasta el presente; sería en principio una historia ordenada en su cronología, aunque encadenada e interrelacionada. Pienso que estamos en el umbral del método preferible, por cuanto que, en principio (y sin perjuicio de lo que planteo inmediatamente), es la forma más adecuada de recobrar el *sentido de la orientación*, si se ofrece un orden sistemático en la exposición, cuando las respuestas dadas son tan numerosas y variadas que, de no ser presentadas así, pueden configurar una visión caótica del espacio teórico y crítico. Se trataría, pues, de delimitar cada tendencia, explicar su contexto, sus puntos de partida, sus relaciones con otras propuestas, su conformación, su configuración definitiva y los caminos que ha abierto. No se trata de dar una visión parcial y totalmente sesgada del problema sino una visión lo más completa posible, donde ninguna tendencia quede fuera, donde se deje hablar a cada una su propio lenguaje y después se las confronte, se las contemple por el revés, se las haga hablar de lo que no quieren y donde sus silencios queden al descubierto, al llevarlas a un lugar que no tenían previs-

to, un lugar teórico que revele sus grietas, sus fallas, sus encubrimientos; desarrollo, pues, dialógico y dialéctico a través de la exposición objetiva y de la crítica contrastada de sus soluciones. Se trata de considerar el texto teórico y crítico como fragmento de un contexto inexpresso por él mismo, que actúa en él y forma parte de él, y que el crítico de la teoría y crítica tiene que encarar reconstruyendo su *subsuelo*, su *suelo* y su *adversario*, como proponía Ortega en *Origen y epílogo de la filosofía*.

Y en esta afirmación de la historia me reafirmo ahora más que nunca que se sigue proclamando su supuesto fin (la célebre tesis de Fukuyama), y que trata de demostrar que la reflexión sobre ella (ya no *magistra vitae*, pues para qué) es innecesaria para un futuro que ya no existe, pues ya la evidente realidad conformaría un presente total que solo podemos perfeccionar en sus detalles y accidentes, pero que no podemos romper ni superar porque no hay soluciones mejores que las alcanzadas en el estado del bienestar (estabilidad necesaria, pues, a causa de la impertinencia demostrada por el pensamiento histórico de la inestabilidad que no llevaría a ningún lugar aceptable); estado del bienestar ofrecido como ejemplo y único modelo posible a todos los que todavía no han llegado a alcanzarlo y a los que habría que ayudar (¿explotar?) ofreciéndoles la oportunidad de incorporarse a él como final y meta de la historia y consecución cerrada de la felicidad. Es una interpretación presentada como circunstancialmente evidente, pero tan interesada como aquella que sigue pensando en la superación radical de este *statu quo* sociohistórico, sin duda también contingente, cuyos límites ideológicos hay que desvelar.

Y este intento de certificar la muerte de la historia coincide con la repetitiva configuración de una ofensiva contra la incardinación histórica de la teoría y del mismo concepto de literatura y lo literario. Se intenta imponer una y otra vez como la más segura evidencia una visión inmanente de los problemas literarios en su específica caracterización, aunque ahora se disfrace de un neohumanismo que en apariencia desecha la inmanencia de la literariedad y la replantea en la trascendencia a partir de la expresividad del sujeto, sujeto que es esencia ideológicamente ahistórica, aunque en su referencia se aluda a una transhistoricidad antropológica y antropocéntrica de contornos tardo-románticos cuando no tardo-renacentistas. Esto es, se habla ahí, sí, de historicidad pero sólo como valor añadido, accidente de lo que se piensa como objeto ontológicamente distinto en su esencia.

Las incitaciones hacia la historia en el estudio de las distintas regiones del pensamiento son constantes desde que el hombre adquirió la conciencia de su historicidad hasta nuestros días. Frente a una visión estática del ser humano como naturaleza hay que seguir defendiendo la visión del hombre como una realidad con historia, que es el modo de ser de lo que radicalmente es movilidad y cambio. Por eso pienso que seguimos en la hora de las ciencias históricas y frente a la razón pura defendiendo la razón narrativa e histórica de la que hablaba Ortega, porque para entender en primera instancia lo que hoy es la teoría y la crítica es necesario conocer lo que fue su ayer (*Sobre la razón histórica*). Es el principio que movía a René Wellek a construir su monumental *Historia de la Crítica Moderna*, cuyo Prólogo general comenzaba con estas palabras: *A mi*

*juicio, la historia de la crítica, lejos de ser asunto de pura arqueología, debe servir para iluminar y hacer posible la interpretación de nuestra situación actual, como, a su vez, sólo se hará comprensible a la luz de una teoría literaria moderna.*

Pero hasta ahora parece que no me he referido sino a la posibilidad de hacer historia interna de la teoría y de la crítica, construida por tanto desde dentro de ellas mismas como espacio autónomo que se autodespliega en escuelas y tendencias diversas. En efecto, como digo, se trata de proyectar la teoría literaria para construir su historicidad, pero sobre esto hay que avanzar y aclarar hacia dónde se quiere proyectar, si hacia el espacio homogéneo de su propio dominio o hacia un espacio que desde la concepción de inmanencia es juzgado como heterogéneo, como defendería Todorov a comienzos de los años setenta. Habría entonces que distanciarse del enfoque formalista e idealista que hace depender el desarrollo de la teoría exclusivamente de su movimiento interno. En palabras muy expresivas de Ortega en su Prólogo a la *Historia de la Filosofía* de Emile Bréhier, aplicables a nuestro tema aunque referidas a la filosofía, *ésta es un sistema de acciones vivientes, como puedan serlo los puñetazos, solo que los puñetazos de la filosofía se llaman «ideas».* *La consecuencia de todo esto es ineludible. Lo que se suele denominar «doctrinas filosóficas» no tiene realidad alguna, es una abstracción. Las doctrinas no están en el aire, sino que están arraigadas en determinados tiempos y lugares.* En suma, lo que propone Ortega, al hablar de lo que debe ser una historia de las ideas, es humanizarlas, o sea, *volver a sumergirlas en el dinamismo de la vida*

*humana, mostrándonos su funcionamiento teleológico en ella.*

Si consideramos, además, que el proceso teórico no es sino una práctica histórica, el resultado de una coyuntura sociohistórica, ello exige la negación de la autonomía del desarrollo teórico. Entonces la historia de la teoría y de la crítica tiene que ser algo distinto a una historia cerrada que lo explique todo desde dentro de sí misma. Ahora bien, la cuestión no se soluciona simplemente con una apelación al estudio del contexto correspondiente a cada escuela o movimiento, resuelto en una rica ambientación histórica que comprenda todos los aspectos posibles de la realidad; la cuestión tal como la planteo no se refiere a la reconstrucción de toda una escenografía extrínseca al desarrollo de la teoría y de la crítica. La solución de la que hablo consiste en desarrollar una historia de carácter intrínseco y construida desde otro lugar al propio de la teoría literaria, en la que las distintas tendencias o conjuntos de tendencias aparezcan explicadas en su génesis, desarrollo y función a partir y dentro de la historia social. Es la caracterización en su historicidad, que no quiere decir relación extrínseca de dos realidades que existirían previamente (teoría literaria y realidad histórica), sino historicidad en el sentido de que la teoría (y la crítica literaria) es, existe, en cuanto que producto ideológico, como realidad histórica él mismo, como algo inseparable de esas raíces ideológicas sin las cuales no sería tal, o sencillamente no sería. Desde este punto de vista hay que situarse, por tanto, en el centro de la historia social y no olvidar que el sistema de sentidos que soporta un texto, sea del tipo que sea, no está en el texto mismo, sino en

el conjunto de la totalidad histórica en el cual el texto es producido y reproducido.

Uno de los puntos de partida de la posición que adopto es que la teoría literaria es una realidad material; y no basta con decir que es una realidad, ya que desde otros puntos de vista se habla de realidades materiales y realidades espirituales y ello implica la adscripción de lo teórico a las segundas. Además, materialidad es aquí objetividad, es decir, existencia al margen del pensamiento individual, de sus representaciones, de su voluntad, e intervención en la vida humana, actuación sobre ella. La teoría ocupa un lugar en la realidad social, forma parte de ella; es una práctica, un tipo de discurso, un modo específico de actividad mental, de pensamiento, y como práctica es real, se incluye en la realidad y actúa sobre otros niveles de la realidad: es, en suma, una fuerza material.

Como vengo apuntando, otro de los presupuestos de esta orientación es que toda teoría literaria es un producto histórico y social. La reflexión teórica sobre la literatura no es el proceso que un *yo* realiza desde la nada. Las nuevas visiones del mundo no aparecen bruscamente por la intuición de un ser humano más o menos genial. En este terreno las transformaciones son lentas y graduadas de manera que, después de un periodo de luchas y contradicciones, la antigua mentalidad deja paso a la nueva, permitiéndole, nunca sin resistencias, su constitución y dominación. Es claro que semejantes transformaciones jamás pueden ser obra de un solo hombre, pues las dificultades de todo tipo que debería superar sobrepasan con mucho las fuerzas y la realidad de un individuo aislado. Tiene que haber, pues, también un gran número de esfuerzos dirigidos en el mismo sentido y



que se extienden generalmente sobre varias generaciones. En una palabra, tiene que haber una corriente social, y el teórico, en su caso, no es más que el primer hombre que expresa, de manera más o menos consecuente, esta nueva visión del mundo frente a los problemas fundamentales que se plantean a los seres de esta sociedad; el primero en constituir la nueva visión del mundo en totalidad sobre el plano del pensamiento conceptual.

Pero la teoría literaria es también histórica porque pensamos desde unos conceptos históricos, desde y con un instrumental teórico, también siempre histórico, que determina y marca límites a nuestro pensamiento. Y es histórica también porque aparece en un momento histórico; es un producto que expresa un momento del desarrollo de la realidad social o de algún aspecto de la realidad social y está en relación dialéctica con otros niveles de la realidad (con otras formas de discurso, con el desarrollo de otras regiones teóricas, niveles de experiencia, organización social, etc.). Su desarrollo no puede entenderse fuera de su relación con los restantes aspectos de la realidad. También es histórica porque tiene una historia propia, específica, pero no autónoma, sino ligada al desarrollo de otros niveles de la realidad: la estructura ideológica y la estructura social. Una historia ya afirmada desde el mismo idealismo metafísico romántico, que reconocía la historicidad de la realidad frente a cualquier tipo de irracionalismo o providencialismo. Historiar la teoría literaria exige, pues, una constante referencia a los demás niveles de la realidad, pues no es sino una región de la historia de la realidad social. Este punto de partida implica renunciar a la verdad absoluta y al sujeto absoluto.

En este último aspecto, la cuestión referida a la historicidad de la ideología se ha centrado en su dependencia de la base económica, nunca unilateral y siempre indirecta. En buena parte la controversia ha deformado completamente el problema, pues ésta ha girado casi exclusivamente en torno a una sola cuestión: la del papel preponderante de la vida económica en la génesis de los sistemas filosóficos, teorías literarias, obras artísticas y obras literarias. La dependencia de los grandes sistemas filosóficos y teorías y de las grandes obras de arte respecto a la base económica es, sin duda, una realidad pero, por una parte, está lejos de ser unilateral (ya Marx y Engels lo subrayaron) y, por otra parte, es en extremo compleja, indirecta y enmascarada y, sobre todo, no quita nada a la realidad propia de la obra teórica o artística estudiada. Por tanto, lejos de constituir el trabajo esencial del historiador, la aclaración de esta dependencia es, por el contrario, el término de su esfuerzo, término que le permite reincorporar la historia del pensamiento filosófico y literario, provisionalmente abstraídos de la vida social, en la realidad concreta de una sociedad y de una época.

Otro de los presupuestos a que nos referimos, afirma que la teoría se presenta en diversas formas de existencia: como teoría propiamente dicha (la teoría expresa), como teoría implícita en las prácticas críticas, en las prácticas creadoras (las literarias), en la cultura popular (la literatura popular), y en la ideología cotidiana, como forma de comprensión espontánea y natural, sentida como evidente; todas éstas son formas históricamente determinadas. Se trata, en suma, de explicar la teoría en cada época y en cualquiera de sus formas de manifestarse y no solo en los textos estrictamente teóricos.

Se parte también de que toda teoría surge frente a otras y para imponerse en un espacio ideológico. Toda teoría trata de conquistar un puesto en el conjunto, arraigar en la conciencia social, desplazar a otras teorías, afirmarse ella misma. Son rasgos de toda teoría la necesidad de desmarcarse, de salir al mundo como nueva, diferente, distinta; la necesidad de desplazar a las demás, de dominarlas. Se presentan como alternativas, o bien como formas eclécticas, intermedias, conciliadoras, pero siempre jugando el mismo papel: ganar un puesto, desplazar, conquistar un espacio.

A partir de estos presupuestos se trata, entonces, de reflexionar históricamente sobre el proceso de constitución de un campo del saber, el de la teoría y de la crítica; o sea, desarrollar el estudio histórico y sociológico de la teoría y de la crítica entendidas como actividades de un espacio ideológico dentro del cual en un momento determinado de la historia se han constituido para tratar de explicar y definir un tipo de discurso con relación a los otros discursos, un discurso cuyas características lo presentan ideológicamente como un discurso especial, esencial y profundamente humano.

De todas maneras, y de acuerdo con el principio ineludible de la libertad de cátedra, considero que cualquier posibilidad, o variante, de las indicadas, es válida, con la condición de que ninguna sea presentada como la verdadera, pura o inocente, ya que ello implicaría la descalificación unilateral, expresa o no, del resto de las opciones. La responsabilidad del profesor, por el contrario, consiste en asumir el carácter interesado y contingente de sus planteamientos, aunque se autoseñale como instalado en el terreno de lo específico literario, que, como veremos, también puede ser explicado

como una opción ideológica, si la analizamos desde la perspectiva de la historia social. Una vez más Ortega, en el prólogo nombrado, acude a la cita: *No pensamos, no necesitamos pensar que nuestra filosofía sea la definitiva, sino que la sumergimos como cualquiera otra en el flujo histórico de lo corruptible.*

Teniendo claro, pues, que todas las opciones son ideológicas, considero que cualquiera de ellas es válida siempre que se tenga conciencia del lugar que ocupa en el espacio de la confrontación ideológica sobre la naturaleza y función de estos estudios. Es más, en principio cualquier forma elegida podrá interesar al alumno e, incluso por la comodidad propia a la que se tiende con cierta normalidad, se sentirá más a gusto si se le instala en un territorio perfectamente definido y delimitado de respuestas, aunque alimentar esas expectativas sea pobre y rechazable. Así, considero que hacer la historia sólo en función de las convicciones del historiador es algo que se queda claramente incompleto y no es aconsejable al hacer historia en la práctica docente, porque no se trata aquí de una exposición de la verdad sino de la realidad teórica, que adquiere diversas formas que remiten a su vez a diversas visiones del mundo. Con ello me estoy refiriendo tanto al historiador materialista como al idealista; y, parafraseando a Lenin, añado que, de todas maneras, siempre es más válido un buen historiador idealista, sobre todo si es consciente de ello, que un materialista vulgar, que sobre ser tan idealista como el otro, es menos riguroso y, lo que es peor, se me revela como el más alto enmascarador y falseador de la historia que, según parece, quiere contar. Y hay que reconocer que muchos trabajos idealistas, en la medida en que logran restablecer

en todo o en parte el pensamiento de un teórico o de una tendencia pueden, sin ser completos, ser más válidos que toda una serie de explicaciones economicistas apresuradas y superficiales.

Nuestra labor, por tanto, debe estar más inspirada en una enseñanza crítica que exponga los problemas de una manera contrastada y confrontada, viendo las distintas soluciones planteadas desde dentro y desde fuera de sus propios límites, y no presentándolas como espacios cerrados que dan respuesta a todos los problemas, sino como respuestas parciales especialmente construidas para no parecer parciales sino totales. De ahí la necesidad de salirse de ellas mismas, de considerar sus silencios, de situarse en otro lugar distinto al que nos quieren obligar a situarnos. Si al alumno se le ofrece esa perspectiva crítica, él mismo se hará responsable de elegir entre las distintas opciones contrastadas que se le expongan. Ahora bien, también debe quedar claro que la presentación de una coexistencia pacífica entre todas las opciones no es posible. Hay cuestiones radicales que impiden el hermanamiento y las hacen incompatibles, sencillamente porque al tratar de fundirlas en un mismo espacio unas prevalecen sobre las otras y las determinan.

En este sentido hay que recordar que con cierta periodicidad tiene lugar dentro del espacio de la teoría y de la crítica literaria una operación de tipo ecléctico en que se tienden a armonizar las distintas tendencias que han ido apareciendo, operación claramente dirigida a la búsqueda de una globalidad crítica nacida sobre todo de dos sentimientos: de una parte, la insatisfacción ante las limitaciones que han quedado al descubierto en los actos críticos, y,

de otra parte, la convicción, consciente o inconsciente, de que la obra de arte desborda por sí misma, por su propio ser, por su propia esencia, las posibilidades de cualquier asedio a que sea sometida. Es un eclecticismo, pues, que en última instancia se basa, aunque ello se oculte o no se tenga consciencia de ello, en la concepción de la infabilidad, radical o provisional, de la obra de arte y en la de que la obra de arte es siempre igual a sí misma y que lo que las distintas tendencias únicamente pueden hacer es ir iluminando sus distintos lados, sus variados aspectos, con lo que progresivamente irían completando el conocimiento de aquello que es constante en su esencia y variable en su apariencia. Esta concepción ecléctica tiene su base en una consideración ahistórica de la obra literaria, en el sentido de que sus características fundamentales, su literariedad, traspasaría todas las épocas en razón de su radical trascendencia.

Soy de la opinión de que hay que mantener una posición abierta y de que es posible aprovecharse mutuamente de las conquistas de las distintas tendencias teórico-críticas, pero con la conciencia de que éstas siempre deben estar dirigidas por una dominante que las subordine, que tal como me planteo la cuestión será la concepción de que la obra literaria es ante todo y sobre todo un producto histórico, pero no sólo la obra concreta sino también la misma concepción sobre la que se sustenta su status específico entendido como expresión de algo esencialmente previo a su propia constitución como texto. Y decir producto histórico es decir producto ideológico históricamente determinado, o sea algo que lleva inscrita la historia, y no simplemente algo que se relaciona en algunos de sus elementos con la historia. Es

decir, cuando hablo de posibilidad de integración no me refiero simplemente a aunar formalismo y contenidismo, estudio del texto y estudio del contexto, estudio de lo trascendental y estudio de lo empírico, estudio y delimitación de las esencias y estudio y delimitación de lo accidental; a lo que quiero referirme es al posible aprovechamiento de multitud de planteamientos teóricos y críticos, pero siempre dominándolos desde el punto de vista histórico, ya que si se les obliga a la convivencia pacífica éste último sería el dominado, pues las búsquedas de esencialidad someten y eliminan en último término la historicidad, y la esencialidad es algo que domina ampliamente el terreno de la teoría y de la crítica literarias. Se trata pues de integrar pero sin dejarse utilizar ciegamente.

Júzguense a este respecto las llamadas a la integración y las acusaciones de obcecación e impotencia a quienes no la practican, salpicadas de afirmaciones rotundas relativas a que *el objeto de reflexión de la actividad crítica literaria, la obra de arte verbal, desborda las posibilidades de iluminación concreta de cualquiera de las parcialidades metodológicas de acceso a ella*; o bien, cuando se afirma que *el fenómeno literario, cuenta por fortuna con la suficiente complejidad estructural como para que en él quepan holgadamente y sin tropiezos todos los métodos de encuesta sobre el mismo que históricamente se han ido sucediendo*; o finalmente, la proclamación de que *ante la grandeza de la creación palidece la mejor crítica*. En estas frases del profesor Antonio García Berrio, tomadas de su *Teoría de la Literatura*, se trasluce, pues, la concepción de la literatura concebida como expresión en última instancia inefable, objeto siempre igual a sí mismo, que esencialmente está

ahí desde siempre y que los críticos van desvelando en sus distintos aspectos accidentales, todos finalmente conjugados y reunidos ante la misma esencia en definitiva inalcanzable.

Quiérase o no, toda historia de la teoría literaria parte de un concepto de teoría de la literatura, concepto que expresa un momento del desarrollo histórico de la teoría literaria, del concepto de historia y del concepto de literatura, porque toda teoría literaria se constituye en y a partir de un concepto, constituye el concepto y reafirma y reproduce el concepto. Todo va a depender de cuáles sean los puntos de vista elegidos, los que se pueden sintetizar en dos posturas básicas sobre qué sea la literatura: la esencialista y la histórico-social; según esta última, como venimos diciendo, no ya sólo la obra literaria es considerada como producto histórico, sino el mismo concepto de literatura, concepto histórico él mismo construido en un momento determinado de la historia y construido para persuadirnos de su carácter esencial, eterno y por lo tanto ahistórico en última instancia.

La propuesta, pues, consiste entonces en hacer una historia de la teoría y de la crítica como historia de unas prácticas ideológicas, donde la investigación de la base social de esas prácticas se enfrente a todo tipo de inmanentismo, a toda concepción que parta del principio del desarrollo autónomo del pensamiento. Teniendo claro este principio no hay que despreciar la tarea que consiste en hacer historia descriptiva de dicho proceso, entendida como pura genealogía de las ideas. Se trata de contar y describir las aventuras de la teoría, sus etapas o momentos, sus formas o doctrinas. No hay que despreciar esta tarea; es más se me revela como necesaria por lo que conlleva



de acumulación de materia prima, de información de la que tiene que partir toda historia de la teoría. Este sería el estadio descriptivo.

Pero el historiador no debe ser un mero intermediario entre el pensador original y el lector demasiado perezoso como para dirigirse directamente a las fuentes; resumir las ideas fielmente, tal como se ofrecen a la lectura y como entidades independientes, corre el riesgo de transformarse en una serie de resúmenes puestos uno al lado de otro, ensartados y ligados conjuntamente por un hilo exterior a cada uno de ellos, como puede ser el puro orden cronológico. Por ello es esencial hacer la crítica inmanente al sistema que se estudia, crítica inmanente respecto a sus propias premisas y a los fines que se ha propuesto.

Hasta aquí mis reflexiones por ahora, y acabo ya. Después de todas estas consideraciones sobre el método que se propone de historia social de la teoría y crítica literarias, pienso que sería fundamental dilucidar la cuestión que dejaba pendiente más atrás referida a la clarificación del concepto de literatura, sobre cuyas bases se ha erigido el ya inmenso edificio de estas disciplinas, pero de ello trató justamente mi discurso de ingreso en esta Academia, con lo que el círculo académico se cierra y al final acabo mordiéndome la cola... la cola del chaqué.



Este discurso, editado por la  
Academia de Buenas Letras de Granada,  
se acabó de imprimir en Granada,  
el 3 de octubre de 2013,  
en el 299 aniversario de la aprobación  
por Felipe V de la constitución  
de la Real Academia Española,  
en Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S.L.,  
estando al cuidado de la edición  
el Ilmo. Sr. D. José Rienda,  
Bibliotecario de la Academia

Granada,  
MMXIII

